

Nació en Santa Ana el 13 de marzo de 1931. Ha publicado: **Cuentos Breves y Maravillosos**, libro con el cual obtuvo el segundo premio en el Certamen Nacional de Cultura de 1962. Es autor del volumen **Una Cuerda de Nylon y Oro** (Primer Premio Nacional de Cultura, 1968).

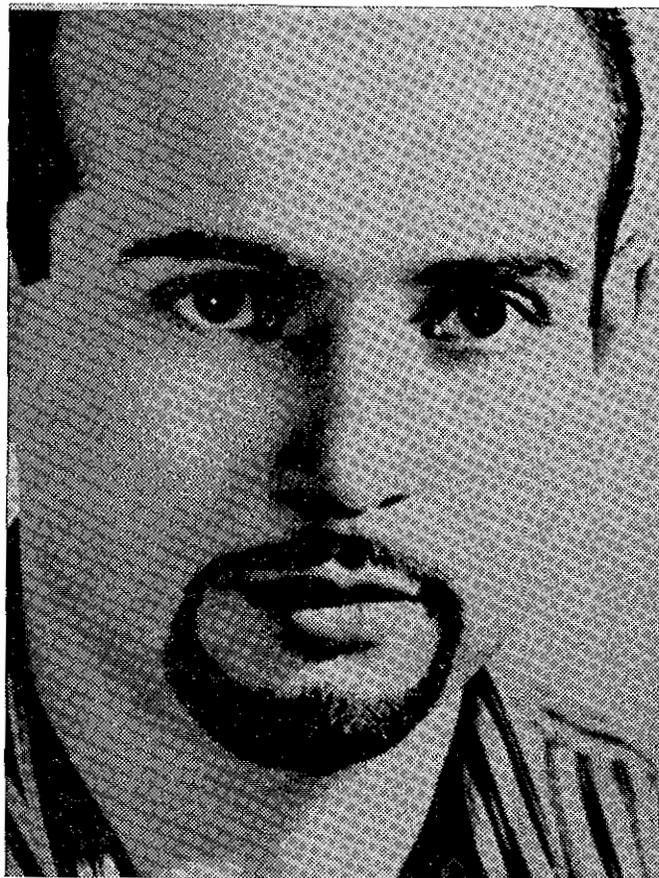
La obra cuentística de *Menén Desleal* ha sido traducida al rumano, francés, inglés y alemán.

Ha escrito poesía, teatro y ensayo. Su pieza **Luz Negra**, dos actos y un prólogo, ha sido representada en ciudades de Centroamérica, México Francia y Alemania. La mencionada obra ganó el primer premio hispanoamericano de teatro, en certamen celebrado en Guatemala el año 1965.

Está dedicado completamente a la labor literaria. Reside en 775 Konstanz (Bodensee), Sonnebultrast 10, Alemania Occidental.

CATALOGADO

Alvaro
Menén Desleal



EL VIAJE INUTIL

A Eduardo Pachón Padilla, en Colombia.

—¡Callen!, ¡callen!... ¿Pero es que están locos?

Se los he repetido muchas veces, a gritos, y no logro poner fin a su actitud. Estoy por creer que efectivamente, están locos; si no lo creo todavía es porque no concibo que esa manifestación patológica advenga *in extremo*, en forma colectiva, tan súbitamente. Parece que un extraño virus infectó el cerebro de toda mi familia —mi mujer, mi padre, mis hijos, mis hermanos—, incluyendo la epidemia a algunos amigos y vecinos, un cobrador de impuestos, un agente policial y un perro lanudo al cual yo nunca había visto antes, pero que ahora aúlla como un maldito.

—¡Basta ya! ¡Silencio!

Insisto. Tengo tres horas de insistir, y ya me agoto. He gritado como un sargento en instrucción; he agitado mis brazos como náufrago a la vista de un barco salvador; he rogado, he suplicado en todos los tonos y, sin embargo, esta baraúnda continúa. Sobre mi pecho, mi mujer derrama lágrimas como una plañidera en un concurso de desconsoladas; mi padre, sentado en la vieja mecedora, me clava los ojos llorosos fijamente, mesándose de rato en rato la blanca cabellera; mis hijos lloran al compás de la triste orquesta de quejidos y lamentaciones; mi hermana mayor se ha acercado a mí repetidas veces para cerrarme los ojos; mi hermano Alfonso ha dicho que irán a los periódicos para insertar la nota, y hasta el cobrador de impuestos, con su cómico tic en los labios, mete sus cochinas narices al lado de mi cama. Estoy francamente molesto por todo, y les insulto.

—¡Basta, imbéciles! ¡Basta ya de locuras!

Podría yo ser el loco y no ellos, que son más y no pueden, por eso, estar equivocados. Yo soy sólo yo y no puedo tener razón; pero me cuesta creerlo también, porque a la locura se arriba después de un largo camino y yo, hasta hoy, que sepa, he sido normal, estúpida y vulgarmente normal... Normal como todos ellos. Y por eso es que me es difícil comprender.

Ahora mismo, por ejemplo, mi hermana Dora, después de “discar” equivocadamente dos veces, llama a una funeraria. Pregunta precios. Da los datos que le piden. Inquieta por condiciones. Luego cubre con una mano la bocina del aparato y consulta a la familia en voz baja como para que yo no me dé cuenta. “Ni tan tan, ni muy muy...”, dice Dora finalmente por el teléfono, con esa manera muy suya de ahorrar vocablos. Yo la escupo; lo que ha hecho, evidentemente, es pedir servicios fúnebres. Desea, pues, meterme dentro de una caja de cedro, barnizada de negro, a laca, con guarniciones metálicas. La escupo y la insulto, pero ella se hace la desentendida.

El policía cree oportuno meter su cuchara y pregunta, mientras saca su libretita de notas del bolsillo trasero de su pantalón de uniforme. Mi mujer, a

quien se ha dirigido, no contesta. Hace bien: ese policía es un idiota. "Todo es simple", dice por fin mi padre, con una extraña voz que se me antoja teatral, especialmente al considerar que mi pobre viejo tiene ya tres horas de no dar un gruñido; "cenó temprano, como de costumbre; vio televisión un rato y luego se acostó". Yo paro la oreja, porque evidentemente describe las circunstancias. El policía con cara de lombrosiano ha preguntado ahora. "Sí —dice mi viejo—; llegó a los cinco minutos de habernos dado cuenta... Vive al lado, de modo que vino pronto..." Y luego, tristemente: "Dijo que fue el corazón". ¡Jal ¡El corazón! El matasanos me ha visitado mientras yo dormía, y como es sordo no escuchó al auscultarme el ¡pon, pon, pon! de mi tambor mayor.

Mi mujer les hace el juego y empieza a cambiarme de ropa. Quiere que vaya hoy a mi propio entierro como fui a mi casamiento, pues ha tomado de la cómoda el traje negro, llenos todos sus bolsillos de bolitas de naftalina. Yo doy de manotazos, me agito, lanzo mis pies; pero ella continúa hasta verme de gala.

Ha regresado Alfonso. Eso me tranquiliza, porque espero que el aire de la calle le haya devuelto la cordura. "Fue sin los auxilios de la Santa Religión", dice suspirando. ¡Ah, estúpido! Ignora mi agnosticismo. "Lo tuve que poner así en la necrológica", termina desesperado. Esto me da risa, y me sorprendo al ver que río por tanta hora de tensión y de gritos; de manera que no río por mucho tiempo, tanto más cuanto que ha llegado el hombre de la funeraria con su ropa de trabajo. El hongo sobre el pecho, da su "muy sentido pésame por parte de la Casa y mío propio". Hipócrita: yo soy tu quince por ciento de comisión, y bien lo sabes porque antes de que la familia se eche atrás y decida tirarme al campo para pasto de gallinazos, tú comienzas a colgar las cortinas negras. A ganarte el sueldo, en fin.

Ahora me cogen de la cabeza, las caderas, y los pies. Van a colocarme dentro de la caja. La caja es peor de lo que imaginaba. Estafadores: se ha contratado tipo medio ("ni tan tan, ni muy muy" es tipo medio) y traen "beneficencia". No me resisto al traslado de mi cuerpo hasta la caja porque, de pronto, he comprendido que mi única posibilidad de salvación reside en que lleguen otras gentes a mi vela —vecinos, amigos, compañeros de trabajo, quizás algún funcionario de menor categoría enviado en representación del Señor Ministro—, gentes que no participen de esta epidemia y reconozcan mi normalidad, mi absoluta normalidad vital y me salven del cementerio.

Ahora me colocan de cuerpo presente, al centro del salón. Soy el personaje principal de esta comedia para llorar. Estoy en espera de los espectadores.

Llega alguien. Da el pésame y entrega un ramo de flores. Odio esa clase de flores: huelen a muerto.

Al rato llega otro portando una corona, una hermosa corona, casi tan linda como la que se pone al caballo ganador del "grand prix". Mi familia ve la tarjeta; yo no logro adivinar quién la envía. El que la trajo se ha ido.

Desespero.

Pienso que soy un mal "show". Ni siquiera estoy asesinado, ni me suicidé por quiebra ni me atropelló el tranvía. Simplemente me acosté a dormir.

¡Al fin! Es una pareja y trae trazas de quedarse. El señor gasta corbata negra; ella, con un chal de igual color sobre el pelo castaño, abraza a mi hermana y a mi mujer; él pone la mano izquierda sobre el hombro de mi padre y, mientras se unen las diestras, murmura un compungido "lo siento" con tono de no sentirlo nada. Finalmente —ya era tiempo, mal educados— vienen a mí. Ella me ve ligera, sombríamente, mientras se persigna; él me critica mentalmente el corbatín y los zapatos acharolados. No los reconozco; serán amigos de mi hermana; pero yo les grito, les hago señales evidentes; mas no me oyen.

Otras gentes llegan. Todas, después de verme, de persignarse y de criticarme, van a tomar asiento a mi alrededor, como en un teatro circular. Con el tacón de mis zapatos pego en el fondo de la caja que retumba y tiembla, y nadie se mueve. Tomo el trozo de limón colocado en mi boca y lo lanzo a la cara de una matrona, y ella ni parpadea. Tamborileo con mis dedos sobre la tapa de vidrio; grito, maldigo, canto, digo malas palabras, y nada. Haciendo un esfuerzo, me siento. ¡Y nada! Desespero y me canso.

Se va haciendo tarde. Lo percibo en el aire frío. Mi hermana Dora, con dos sirvientas, sirve café y tostadas a los acompañantes de la familia doliente —mi familia— y una botella de licor ha sido escanciada, "para el frío", atrás, en la biblioteca. Una dama dormita a mi derecha. Yo también debería dormir, no me hace bien el desvelo; pero temo cerrar los ojos porque esta gente enloquecida bien podría enterrarme así, dormido. Hago, pues, un esfuerzo y me pongo a hablar nuevamente. Frente a mí están el vecino Esteban y su mujer. Achacoso el pobre, no le concedo más de medio año de vida. No le grito; le hablo suavemente, cambiando así de táctica.

—Esteban —le susurro casi.

No se mueve. Fija los ojos en los cortinajes negros del fondo, meditando sin duda en su próxima y segura partida. No importa su indiferencia; le hablaré de todas maneras.

—Esteban, amigo... Preciso tu ayuda... Te necesito ahora más que cuando tú decías a mi mujer que íbamos a los bolos, siendo que yo me largaba donde Inés... Te necesito, mi buen vecino Esteban...

Me incorporo de nuevo en este punto, con un supremo esfuerzo, y sigo en mi imploración.

—...Esta gente loca me toma por muerto... Mi padre es como un animal azotado por la tragedia; mi mujer llora incesantemente; mis hermanos sollozan, mis hijos ya duermen pero también estaban inconsolables... Todos ellos, Esteban, desvarían... Una extraña enfermedad les ha cogido de pronto. Tócalos, ¡tócalos! Han de tener fiebre.

Y luego, suplicante hasta la desesperación:

—... Sólo tú, Esteban, puedes sacarlos de ese error. Diles que no estoy muerto, ni siquiera dormido. ¡Díselos! Que me vean ahora, así, sentado delante tuyo, hablándote como en los viejos tiempos. ¡Hazlo, Esteban! ¡Por amor a Dios, hazlo! ¡Que no me entierren, que no me maten!

Comencé a llorar. Cuando, al secarme las lágrimas con la palma de la mano, levanté la vista para oír la respuesta de mi amigo, éste roncaba.

Me recosté de nuevo, desesperado, y de un tirón cerré, colérico, la tapa del ataúd. Estaba amaneciendo. Las velas encendidas a mis costados casi se habían consumido, infestando el ambiente con el desagradable olor a pabilo recién apagado. Por los vidrios de las altas ventanas se comenzó a filtrar una suave luz mañanera. Alfonso entró con un periódico para mostrar la necrológica, quejándose amargamente de que la Redacción no hubiese dado al “acontecimiento” carácter de noticia, en la página dedicada a los despanzurados por automóviles, entre suicidas, violadas y homenajeados. Alfonso me hizo gracia con eso, y volví a reír; paré de golpe cuando le vi acercarse al féretro.

—¡Alfonso! —exclamé, excitado y alegre de que aparentemente me oyera. Pero no: se me quedó mirando como un bendito, se persignó por enésima vez y dio la vuelta.

Un rato más tarde llegó la limosine. Cuando me sacaron para colocarme en ella, me sorprendí agradablemente al ver la gran cantidad de personas que habían acudido a mi entierro. Agité mis brazos repetidamente en señal de saludo, pero parecieron no darse por enterados.

Quando el desfile hubo caminado unas cuantas cuabras, volví a la carga. Grité, pateé, insulté para hacerme oír. Pero nada. Me dolió la garganta; mal signo: fue el desvelo de anoche. Bien dije que me haría daño. Ahora tendré que tomar pociones de limonada caliente y ron y no gritar tanto.

Nos acercamos al cementerio. Pasamos el viejo portón de hierro. Al doblar las campanas —para otro, no para mí— me incorporo otra vez dentro de la caja, echo un pie fuera y grito para que conste a todos mi vitalidad. Estornudo tres veces. Saludo a conocidos y desconocidos. Al pasar bajo los pinos de la alameda a cuyo final está el lote de la familia, corto una ramita y comienzo a azotar con ella a todo el que se acerca. Luego la tiro, cuando de tanto golpear queda pelada de verdura. Llegamos al predio. No curas: se respetan mis ideas. Los enterradores colocan dos lazos y el féretro sobre ellos, como si fuesen a elevarlo en vez de hundirlo. El jefe de mi oficina no se olvidó de mí, porque en este momento el segundo secretario —un tipo pesado— “en su nombre y en el de todos los compañeros del finado”, dice unas cuantas palabras de despedida.

Un enterrador mastica su tabaco, hundiendo la pala en la tierra removida. El orador me ha llamado “un hombre ejemplar”. No importa. Sentado como estoy veo a mi mujer llorar sobre mi caja, deshidratándose como sólo ella sabe hacerlo. Mis hermanos la retiran tomándola suave pero firmemente de los brazos y los hombros. Los enterradores clavan la tapa, no sin que antes mi padre arroje dentro el medallón bendito que trajo de Roma.

Siento cómo la caja va oscilando, conmigo dentro, hacia el fondo de la abierta boca de la tumba, sobre la cual habrá dentro de poco una lápida de mármol con un nombre y dos fechas, la primera de las cuales sí será digna de crédito. Porque estoy vivo, muy vivo, tanto como para darme cuenta en estos

momentos de la caída de las paladas de tierra sobre mi caja, lo que hace un ruido sordo y doloroso... Estoy vivo, muy vivo...; pero no les grito más, ya no les grito, por este maldito resfrío que pesqué anoche en el inútil desvelo con que velaron mi cadáver... y porque, después de vivir tanto tiempo acompañado, creo que es hora de probar a estar solo...

EL COCODRILO

"Hubo una vez un gran erudito, que se llamaba Chuang-Tse. Iba a la escuela de Lao Tse. Un día se durmió y soñó que era una mariposa que aleteaba entre los árboles y las flores del jardín..."

("Kin-Ku K'i-Kuan", publicado en la era de los Ming).

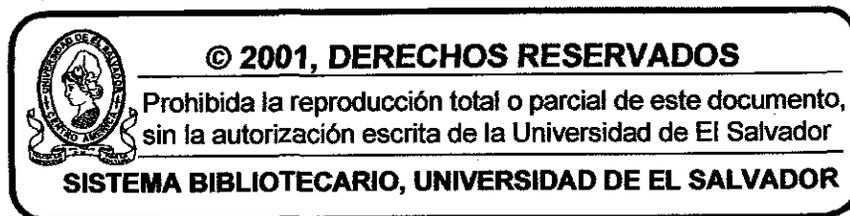
Acabo de despertar de un sueño, y me palpo y me observo atentamente para ver si soy yo. Porque en el sueño no era yo; en el sueño yo era un cocodrilo, un largo y oscuro cocodrilo plácidamente recostado en el fango de la ribera, bajo un sol que quemaba todo, menos mis gruesas escamas dorsales. De cuando en cuando bostezaba, y al bostezar abría las fauces incommensurables en que los dientes agudos, prontos al crimen, formaban filas como soldados en parada. Era un cocodrilo, y en el sueño ya no sabía que era yo el que soñaba.

De pronto desperté y fui de nuevo yo, como antes de soñar. Pero ahora que me palpo y observo atentamente, no sé si fui yo el que en el sueño era un cocodrilo, o si es un cocodrilo el que sueña que soy yo.

LOS CERDOS

A Julio Cortázar.

El primero que encontró el papel fue el barbero. Lo halló tirado sobre el alcor, cerca del viejo molino. Recogió la hoja, que el viento y la lluvia parecían haber respetado, y leyó los gruesos caracteres dibujados con caligrafía enérgica. De allí bajó, ya con forma de cerdo.



El hecho alarmó a la mujer del barbero, quien subió luego al alcor acompañada por su suegra. Encontraron el papel, lo leyeron y comenzaron a dar pequeños gruñidos: ¡Coin! ¡coin! El maestro de la escuela se dio cuenta del asunto, y subió; también bajó corriendo y dando de gruñidos. Después fue el policía, quien llegó al pueblo con su gorra de uniforme trabada entre las grandes y peludas orejas. Más tarde, el carpintero, el molinero, la modista, el boticario, cuatro niños, once niñas, el inspector sanitario, etc... El último fue el cura, y su caso el más patético: la negra sotana no alcanzaba a cubrir la cola rizada, que flotaba como una bandera a medida que el animal corría por las calles de la aldea, perseguido ya por millares de cerdos. Apenas se salvaron unos cuantos campesinos viejos y analfabetos.

La hoja de papel amarillento quedó sobre el alcor. Funcionarios de la capital del Estado, delegados de la Universidad, científicos y periodistas extranjeros y curiosos de los pueblos vecinos, se mantienen a prudente distancia sin atreverse a leer el texto mágico. De vez en cuando lo hace algún desaprensivo, sin que los oficiales del ejército federal puedan impedirlo; entonces corre otro cerdo colina abajo, hasta llegar a las calles del pueblo, que es hoy una inmensa porqueriza.

EL SUICIDA

A Juan Bosch.

El plomo de una "cuarenticinco" es del grueso del dedo pulgar. Tengo, pues, en este momento, un agujero en la sien por el que podría meter, como en un anillo sangriento, mi dedo recordete.

Pero no estoy para eso. Me quedan escasos minutos antes de que Cecilia llegue de la modista. Lo que deseo es terminar de una vez para no volver a oír su vocecilla chillona y nasal reclamándome por la ceniza en la alfombra, por los diarios tirados en la cama, por la corbata mal anudada. Si Cecilia viniera en este momento, de seguro tendría tema para rato. "Estúpido", me gritaría a la cara. Y al leer la nota que redacté con la vieja pluma rococó que imita la de un águila, se echaría a llorar dando suspiritos entrecortados, limpiándose el "rimmel" con una hojita desechable de las que tiene siempre gruesa provisión en la cartera.

Debo, pues, apresurarme. Trato de tomar con mis dedos, cuyas manchas amarillas de tabaco oculta la sangre en proceso de coagulación, trozos de la masa encefálica que hace todavía un rato daba vueltas y vueltas dentro de mi caja craneana, como el mohoso mecanismo de un reloj abandonado en la playa; tomo, digo, esa masa ligosa y antipática como gelatina de culebra, y trato de meterla por el agujero. El agujero es amplio, porque el plomo de una

“cuarenticinco” es del grueso de un dedo regordete. Zampo los pedazos en que a veces adivino las estrías caóticas, y los empujo y taponó con el dedo, lo que hace un ruido desagradable cuando se escapa el aire.

Al llegar, Cecilia no encontrará sobre el escritorio la decoración sangrienta, que a mí mismo me lleva al borde del vómito. Por lo menos pretendo que no la encuentre, no para evitarle el espectáculo sino porque, después de una hora de haberme dado el pistoletazo, he llegado al convencimiento de que fue inútil, de que con el plomo caliente no he logrado mayor cosa.

Algo me hizo sospechar que me ocurriría esto. Cuando le pregunté al Capitán Martino, bajo cuyas órdenes presté mi conscripción hace dos veranos, me aseguró que el disparo de una “cuarenticinco” significaba un impacto suficiente para detener y tumbar a un hombre corpulento, y eso sin herirlo. Esto último significaba casi necesariamente la muerte, especialmente si la píldora daba sobre ciertas zonas vitales. Yo escogí la zona más recomendable: la sien derecha. Pero todo lo que he logrado no es más que un hoyo inútil.

No tengo orificio de salida. De tenerlo, creo que se facilitarían las cosas: un hoyo acá y otro allá, como un túnel oscuro obstruido por el lodo, es definitivo. Por lo menos eso pienso yo, que apenas tengo un hoyo.

Cuando vi que el tal impacto no era suficiente, creí que no resistiría un segundo disparo. Me coloqué la pistola en el pecho, a la altura de la tetilla izquierda, y traté de disparar. Mas no logré hacerlo. Es contra toda regla que un suicida se acribille a balazos. Un cadáver acribillado no es propio de un suicida. Yo no quiero que se me confunda, y no quiera tampoco que por mi muerte se culpe a Cecilia, ni a la criada de Cecilia, ni al motorista o el jardinero de Cecilia. Mi muerte es mi muerte, y yo escogí una “cuarenticinco” porque es cómoda para manejar, exige poca presión en el disparador y, más que todo, porque su proyectil es del grueso del dedo pulgar. . .

Me acabo de ver en el espejo. Prácticamente ya no mana sangre; lo que ahora corre es un líquido viscoso y amarillento. Sobre el pelo tenía unos gramos de materia gris, y he comprendido que era un mal sitio. Traté, pues, de meterla por el hoyo, mientras me miraba al espejo en que todas las mañanas me afeito. Supongo que afeitarme será una operación difícil de hoy en adelante, no porque tenga sobre la mejilla esas horribles quemaduras de pólvora, sino por la imagen en el espejo. Además llena mis oídos un ruido tremendo, y me duele el tímpano. Si Ud. ha recibido alguna vez un tiro en la sien derecha, sabrá lo que es ese ruido. Ningún hombre podría afeitarse tranquilamente teniendo un millón de grillos escandalosos en la oreja.

Cecilia se molestará mucho también por eso. Yo acostumbraba dejarme la barba los sábados y los domingos; así descansaba mi piel. Pero cuando nos casamos, Cecilia me obligó a afeitarme también esos días. Ahora tendrá que conformarse con mi barba, porque yo puedo seguirla sufriendo cualquier reclamo con su vocecilla chillona por las cenizas y por los periódicos; pero no estoy dispuesto a mirarme al espejo el agujero que tengo en la sien derecha, tan ancho como el dedo pulgar. . .

LA EDAD DE UN CHINO

Tomado de "Crónicas del Reino del Dragón Eterno", Siglo XIII.

Lu Dse Yan enamoraba a la hija de un funcionario de estado; pero la muchacha tenía quince años menos que él. Lu Dse Yan no era viejo precisamente: contaba 30 años, y era un joven erudito autor de un tratado sobre cómo evitar las inundaciones en los campos.

—Lo que pretendes es imposible —le dijo un día Lin Po, la hija del funcionario—; yo tengo 15 años y tú, 30. Demasiadas primaveras nos separan.

—Realmente no es mucha la diferencia —contestó Lu Dse Yan—; cuando tú tengas veinticinco años, yo tendré cuarenta, y la gente no podrá menos que alabar la buena pareja que formaremos.

—Cuando tú tengas 45 —respondió la muchacha—, yo tendré apenas 30, y la gente no podrá menos que decir: "Mirad qué pareja: ella joven, él viejo".

—Cuando tengas tú 45 —afirmó el joven erudito—, yo tendré 60, y para entonces no habrá quién sospeche de la diferencia entre nuestras edades.

—Cuando tengas tú 65 —dijo de nuevo ella—, yo tendré 50, y deberé de ayudarte a caminar.

—Cuando seas tú la que tenga 60, celebraré yo mis tres cuartos de siglo llevándote al Templo de Confucio en Ch'u-fu.

—Si llego yo a esa avanzada edad —contestó ella— tú tendrás ya 90 años y deberé alimentarte como a un niño.

—De cumplir tú los 85, seré yo quien te ilumine con Tao.

—Para entonces —replicó la dama— estarás en los cien años, y pasarás el tiempo tendido al sol, sin ánimos para nada.

—Entonces —terminó Lu Dse Yan— la gente habrá dejado de pensar en la diferencia de edades, y sólo exclamará: "Mirad a ese viejo erudito y a su vieja mujer: ambos se cuidan y se aman como si fueran novios". Y entonces el Nicto del Cielo y la Doncella Tejedora, al juntarse el séptimo día de la séptima luna en la Vía Láctea, harán que podamos quedar como marido y mujer de encarnación en encarnación.

TESTIMONIO SOBRE LOS ELEFANTES

Es verdad que existieron en la tierra ciertos sorprendentes animales, que los antiguos llamaban **elefantes**. Aunque no tenemos pruebas definitivas

que abonen nuestra hipótesis, pensamos seriamente que esos simpáticos monstruos, de gran tamaño y reproducción por partenogénesis, no fueron una invención de nuestros antepasados. Por lo menos eso parece desprenderse de lo narrado, entre otros, por Casiodoro (Var., X, 30), *Magister Officiorum* de los reyes godos.

Resulta que, en el año 535, Roma padecía la más terrible de las pobreza. El Prefecto de la ciudad informa que las estatuas colosales que representaban elefantes ya se hallan en ruinas. El Prefecto aspira con su denuncia a que le permitan remover las estatuas, para luego fundirlas y utilizar su material en cosas más necesarias para el buen funcionamiento de la ciudad, como ser cloacas y cañerías. Pero la decisión de la superioridad fue otra, dice Rumpf: "Se las asegurará con ganchos de hierro y se reforzarán con pilares de ladrillos bajo el abdomen, para que la posteridad tenga testimonio de la forma y tamaño de esos sorprendentes animales".

Al parecer, las estatuas de elefantes fueron fundidas posteriormente; mas de esto ya no fue testigo Casiodoro.

Lo cierto es que, fundida un día la última de las moles de bronce, desapareció toda posibilidad de reconstruir la imagen del casi mítico animal. Lo que se ha dicho sobre él (sus pseudópodos, sus ventosas, sus tres filas de falsos dientes —incluyendo la serie con carga eléctrica— y su torrecilla retráctil sobre el lomo), no pasa de ser mera especulación, pues el hecho de que careciera de esqueleto privó para siempre a nuestros paleontólogos de toda posibilidad objetiva de estudiar tal monstruo.

UNA CUERDA DE NYLON Y ORO

Había entonces un presidente llamado Johnson, y mi mujer se acostaba con Sam Wilson.

Fue en la vigésima sexta órbita. Duró todo apenas unos segundos.

—¡Henry! ¡Henry! —suplicaba mi compañero desde dentro de la cápsula— ¿Te das cuenta de lo que vas a hacer!?

—Es inútil, McDivitt —le dije—. Ya lo he decidido.

McDivitt continuó con las súplicas. Yo había cortado el circuito con la estación rastreadora, por lo que sus palabras no llegaban a tierra. De otra manera, la voz del Comandante Grisson, a cuyo cargo estaba el proyecto, habría sonado con no menor desesperación. ¿O estaría Grisson, en tierra, mudo de espanto?

No sé. Yo flotaba en el vacío, a 600 kilómetros de altura sobre la tierra, enfundado en mi traje espacial. Me había despojado de los guantes térmicos

para operar más cómodamente la pistola-cohete, con la que controlaba a voluntad la dirección de mis movimientos. El tanque auxiliar, a mis espaldas, marcaba oxígeno para 110 minutos y, si todo se cumplía de acuerdo a mis cálculos, ese era el tiempo máximo que yo duraría, vivo, en el espacio.

—¡Henry! ¡Henry! ¿Qué dirá el Presidente?

A ocho metros de mi cuerpo, aparentemente suspendida en un punto del espacio, inmóvil y magnífica, la cápsula biplaza cumplía, cada 91 minutos, su órbita circun terrestre. La escotilla estaba abierta, lo que significaba que McDivitt también dependía de su dotación portátil de oxígeno. Tenía, pues, por eso, que apresurarme, ya que yo no deseaba que mi decisión lo afectara a él.

—¡Henry! ¿Qué será de tus hijos?

Fue inútil la apelación filial. Saqué las tenazas que, cuidadosamente, había ocultado al abordar la nave en Cabo Kennedy, y cogí con sus quijadas filosas la cuerda de nylon y oro que me ataba, como un cordón umbilical, a la cápsula. Antes de cortar tuve el cuidado de despedirme de mi compañero:

—¡Adiós, McDivitt! —le dije, un tanto con sorna—. Te dejo con tu maravilloso mundo. Regresa a casita como buen muchacho.

Entonces corté de un solo tajo la cuerda y disparé, hasta agotar la carga, mi pistola-cohete para alejarme de la nave lo más posible. Todavía alcancé a ver cómo la cuerda de nylon y oro se replegaba y cómo, finalmente, se cerraba la escotilla. Con eso me sentí libre totalmente. Libre en un cielo negro lleno de estrellas que no titilan, libre, flotando en el vacío a 28.500 kilómetros por hora, libre a 600 kilómetros de distancia de un planeta que ya me hartaba...

Eso fue en agosto de 1965. Dos meses antes, McDivitt y White habían cumplido una misión que nosotros, en este lanzamiento, casi calcábamos. White salió por 23 minutos de la nave; fue el segundo hombre que lo hiciera, después del ruso Leonov. La carrera espacial —en la que cada astronauta espera terminar ya achicharrado, ya con una corona de flores al cuello, como el caballo ganador del derby— cogía, cada vez más, perfiles dramáticos y vanos: si Leonov permaneció por 20 minutos en el vacío, pues White permaneció 23...

Yo fui el tercer hombre escogido para salir de la nave; yo, Henry Olsen, de Salt Lake City. Iba con la consigna de circunvalar la tierra en una órbita completa, suspendido en el vacío y ligado a mi cápsula por un cordón de nylon y oro de 8 metros de largo. Debía, pues, permanecer 91 minutos como mínimo haciendo tonterías: fotos, movimientos, pseudo reparaciones, bromas, volteretas; todo con ese infantil sentido del humor que adquirimos, no sé por qué, en Cabo Kennedy. Mas, en vez de romper otro récord imbécil; en vez de constituirme en el caballo ganador del día, preferí liberarme para siempre. Justamente en la vigésima sexta órbita.

Fue en agosto de 1965. Había un presidente llamado Johnson. De Gaulle amenazaba con un jaque a la OTAN. Mis compatriotas ocupaban la Re-

pública Dominicana. La guerra ardía en Viet Nam. Los rusos tenían alguna sorpresa en la manga de la camisa en cuanto a llegar a la luna. El Ku Klux Klan asesinaba otra mujer negra en Alabama. Von Braun seguía haciendo ciencia-ficción. Río de Janeiro recién había cumplido cuatrocientos años de fundada. San Salvador acababa de ser semidestruida por un terremoto. Las modas femeninas continuaban la consigna de “menos tela y más pellejo”. 180 mineros japoneses morían dentro de su mina derrumbada. La reina Isabel escribía postales desde Alemania. China acababa de explotar su segunda bomba atómica. En Argelia ya no mandaba Ben Bella. Frank Sinatra explicaba su éxito. Se rompía otra marca en la venta de automóviles. Mi hijito John tenía rota la nariz. Yo debía sólo 2,800 dólares de hipoteca sobre mi casa...

Había un presidente llamado Johnson, y mi mujer me engañaba con Sam Wilson, el antiguo novio de su hermana. Sam Wilson, el pelirrojo que en la *high school* nunca pudo con el balón en los partidos de *rugby*.

Eso fue en 1965. En agosto. Hoy no sé más de Johnson, de Viet Nam, de mis hijos, de Frank Sinatra...

Desde el momento en que corté la cuerda de nylon y oro, perdí todo contacto con la humanidad; y aunque la tierra impone su redonda presencia en mi paisaje multicotidiano —a veces la tengo a mis pies, a veces arriba, a veces a los flancos—, nada más he sabido de ella. Gran parte de la superficie permanece cubierta de nubes; pero, al principio, recién liberado del cordón umbilical, distinguía de vez en cuando las luces de las grandes ciudades. “Nueva York”, decía para mí, y me imaginaba una Quinta Avenida atestada por un mar de gentes espíandome, la nuca con tortícolis por el esfuerzo de mantener la cabeza durante horas en posición tan incómoda. “Moscú”, me decía, e imaginaba otra multitud de proletarios, las mujeres con *babushkas*. “Buenos Aires”... “París”... “Londres”... “Melbourne”...

Por un tiempo estuve tranquilo con mi mapamundi borroso, menos colorido que el de la escuela, divertido con el espectáculo, sin imaginar las consecuencias de mi deserción. Después vinieron algunos intentos por recuperar mi “cadáver”, y los rusos casi tuvieron éxito al tratar de pescarme con una especie de red. Siempre encontré maneras de escapar y seguir libre. Libre y vivo.

Porque pasa algo que nunca intuyeron los científicos. Yo debía vivir no más de 110 minutos, vivir en rigor no más allá del tiempo que durara mi dotación de oxígeno; pero no fue así. No sé por qué; pero no fue así.

Del fenómeno de mi supervivencia me vine a dar cuenta unas veinte circunvalaciones después de cortar la cuerda. “¿Por qué —me dije— he visto tantas puestas y salidas de sol?” Comencé a contar las veces que miraba el alba y el atardecer —rigurosamente cada cuarenticinco minutos—; cuando llegué a 120 salidas de sol, unas más unas menos, me aburrí de contar. Calculé que ese número de amaneceres sólo era posible, a la velocidad de mi desplazamiento, en cosa de una semana. Luego llevé otra sorpresa: la aguja que indicaba la presión del tanque de oxígeno marcaba **Full**. Había, pues, permanecido en el espacio días y días, sin necesidad de consumir una pizca de aire. En otras

palabras, no necesitaba de él para sobrevivir. Después descubrí —siempre fui lerdo en darme cuenta de las cosas— que, cuando atravesaba el cono de sombra de la tierra, no sentía más frío, ni más calor cuando estaba expuesto a la luz directa del sol. Y que no padecía hambre ni sed, dolor ni angustia. Me sentía feliz. Libre y feliz.

No tengo idea de los años que han pasado desde entonces. No he vuelto a contar una salida o una puesta de sol; pero creo haber visto millones. Y aunque sigo sintiéndome libre, mi felicidad se ha trocado en desesperación. Porque yo debí morir hace tiempo. No morir aquí, en el espacio, para que mi cadáver quedara como una roca desprendida de cualquier planeta, sino con ellos, con los humanos, allá en la tierra.

Porque ellos murieron.

No sé por qué ocurrió; pero me di cuenta paso a paso de cómo ocurrió.

El cielo estaba negro y las estrellas brillaban sin titilar, con esa majestuosa monotonía que tienen vistas desde el espacio. En la tierra todo era claro: de Cabo Kennedy a Italia; de Italia a las Malayas; sobre el Pacífico y sobre California y desde allí, de nuevo, hasta Cabo Kennedy, ni una sola nube ocultaba los contornos de las islas y los continentes. Era como un día diseñado para ser un domingo feliz. Y era todo tan quieto y silencioso como siempre, o quizá más quieto y silencioso que siempre, pues hasta me pareció oír —sé que es una tontería decir eso— los gritos de los fanáticos que han de haber estado en las graderías del Yanki Stadium. Yo no pensaba en nada —¿por qué habría de pensar en algo?— y me limitaba a ver el viejo, el familiar paisaje terráqueo.

De pronto estalló aquello allá abajo, al norte de Viet Nam. Estalló en luz, y luego en hongo, sin que yo, sumido en el vacío, percibiera ruido alguno. Segundos después, cinco, diez, cien centelleos más brillaron en China... Cuando atravesé el Pacífico y vi el territorio de los Estados Unidos, cien, quinientos luzazos más se encendían sobre San Francisco, Los Angeles, Detroit, Nueva York, Washington... Y otros cien al sur, sobre México y Panamá y Río y Buenos Aires; y otros al norte, sobre Montreal y Ottawa. Y al este, sobre Cuba y Puerto Rico. Y más al este, al otro lado del Atlántico, el gran chispazo sobre Londres, y los otros cien chispazos en París y Madrid y Roma y Bonn y Belgrado. Y más allá, en Moscú, en Leningrado, en Ulan Bator. Y en Tokio. Y en Manila y Hawaii. Siempre chispazos como de flash, estallidos como de miles de flashes.

Al completar la órbita, lentos hongos de humo cubrían Asia; a la otra órbita, los hongos se daban las manos, en macabra ronda infantil, por toda América. Y centenares de serenos hongos crecían sobre Europa y sobre Africa y sobre Oceanía...

Ya no pude ver más...

Cuando, mucho tiempo después, abrí los ojos, ya el cielo de la tierra no era claro: era rojo sangre, era verde, era violeta. Una nube espesa y multicolor cubría todo.

Eso fue hace mucho tiempo. Hoy, la nube se ha disipado; pero ya no veo, en mis noches de cuarenticinco minutos, las luces de ninguna ciudad. Por más esfuerzos que hago, el lado oscuro de la tierra me parece sólo oscuro, oscuro con una fosforescencia de ultratumba. El lado claro es igual: los suaves tonos de las pampas son oscuros ahora; los bosques, y hasta las nieves de las grandes montañas, son grises, grises como plomo o como ceniza.

Sigo libre. Es cierto que sigo libre, como cuando corté la cuerda de nylon y oro, aquel día en que había un presidente llamado Johnson, cuando en Viet Nam ardía la guerra, nuestros "marines" ocupaban la República Dominicana, mi hijo John tenía la nariz rota, Frank Sinatra explicaba su éxito, mi mujer se acostaba con Sam Wilson y China estallaba su segunda bomba nuclear...

HACER EL AMOR EN EL REFUGIO ATOMICO

*Los caníbales de Europa se están comiendo
otra vez unos a otros.*

Ezra Pound

Oh, Alemania, pálida madre.

B. Brecht

Feliz es el que se mantiene despierto...

Revelación, 16:15

Ilse —sombra de la sombra— hizo otro esfuerzo para hablarme.

—Helmut...

--Sí...

Respondí a mi mujer con desgano, más en gruñido que en palabra; más en simio que en humano. ¿Acaso no éramos eso —animales; animales acorralados, ratas... — encerrados como estábamos entre muros de concreto y paredes de plomo? Cucarachas con la obligación de rendir las gracias a Dios por habernos dado tiempo, en mala hora, de meternos en el refugio atómico, hasta donde sabíamos éramos la única pareja sobreviviente en la Tierra... Sin la menor comunicación con el mundo externo por semanas, por meses, el lenguaje había perdido ya gran parte de sus valores. ¿A qué, pues, preocuparse de entonación alguna para diferenciar un sí gris y neutral de un ¿sí? retumbante en su solicitud; un sí rotundamente afirmativo de un sí condicional; un ¡sí! de un ¿sí?... ¿Qué importa la música del idioma cuando llegada es la hora del estruendo atómico? ¿Qué importa su corrección, qué importa su correspondencia temporal? Pasado, presente, futuro... Tiempos verbales, caricaturas de un tiempo-para-siempre-ido, un tiempo-presente-para-siempre, un tiempo r/o/t/o; tiempo estático, inmóvil, petrificado-como-veta-de-lava-volcánica; unidos sin solución de continuidad el ayer con el mañana, extirpado el

presente por el bisturí mellado de un cirujano loco... Tiempos verbales, ¿qué son, Ilse murió mañana; ¿Por qué no? Yo moriré ayer...

Si afuera hay millones de muertos insepultos y una gruesa lluvia deposita, con puntual eficacia, su carga de estroncio en los pocos organismos que a esta hora quedarán —si algunos quedan— vivos, esos no son problemas...

--Helmut...

--Si...

--Juguemos.

--No.

--Otro juego.

--¿Cuál?

--... No sé...

--... Di uno...

--... Cualquiera...

Mencioné uno yo, por no dejar.

--Ajedrez.

--... No... Ajedrez no...

Pensé que, si le recomendaba leer, haría lo que otras veces: cogería un libro cualquiera y se refugiaría en un rincón a llorar sin lágrimas, a gritar en silencio.

Le digo, pues, que lea.

--Entonces lee.

Y la sombra me responde con su voz oscura:

--Ya basta de leer.

No me esperaba la respuesta. Insisto en que lo haga, no tanto para que pase su tiempo cuanto para que me deje tranquilo en mi propio rincón.

--Nunca es bastante, Ilse.

--... ¿Por qué?...

Ahora me pregunta como un niño... ¿Por qué nunca es bastante la lectura? ¡Qué sé yo! Lo cierto es que nunca es bastante.

¿Qué podrá responderle?

--Divierte. La lectura divierte —le digo, esperanzado en que acepte la sugerencia.

--No quiero divertirme.

- Pues... ¡Ilustra! —termino, desesperado.
- Calla. Pienso que mi último argumento la ha convencido.
- La sombra se agita en su rincón:
- Da lo mismo un cadáver ignorante
- ¡Y vuelve a su ritornello! ¡La muerte, la muerte! ¡Como si no bastaran los centenares, los miles de millones de muertos; como si no fuera preciso aferrarnos a este jirón de vida, no sólo por nosotros sino también, por el planeta!
- Le respondo, no para convencerla sino para convencerme.
- No somos cadáveres.
- Pero morimos —me replica.
- ...¿Morimos? —pregunto, como si no hubiese oído bien.
- Morimos.
- Abrí, despacio, los ojos, tomando —al fin— conciencia de la realidad.
- ¿Morimos?
- Morimos.
- ¿Para qué leer ya nada? Mi mujer tenía razón. Yo mismo tuve un pensamiento similar cuando, hacía unos días —unas semanas, unos meses, ¡no sé!—, dejé de afeitarme. ¿Qué más da la barba descuidada en un refugio atómico, refugio que no es, definitivamente, un salón del Club, la oficina o el hall de un hotel?
- Ilse protestó entonces. Protestó con una energía de la que hoy —como yo— carece.
- No puede ser, Helmut.
- No me rasuraré más.
- ¡No puede ser! ¡No lo permitiré!
- Dime por qué —le dije, más divertido que deseoso de pelea.
- Aquí no te afeitarás para lucir elegante; ni siquiera te afeitarás para sentirte cómodo y limpio o para hacerme una especie de cumplido...
- Entonces no me afeito.
- ¡Te afeitarás!
- Me molesta el ruido de la rasuradora.
- Aféitate con navaja.
- Hace un ruido peor: *crash, crash, crash...*
- Te afeitarás. Te afeitarás, porque afeitarse es parte de la disciplina per-

sonal. Ayuda a mantener alto el ánimo y te recuerda, cada vez que miras tu cara, que eres una persona civilizada, no un salvaje.

No me afeité más. Ya no tenía ánimo alguno que mantener en alto, pues mi ánimo había desaparecido hacía mucho. En cuanto a disciplina, todo valía, a estas alturas, un bledo.

Por otra parte, los que lanzaron las bombas sobre los campos y las ciudades alemanas, ¿acaso no estaban bien afeitados? ¡Eso! ¡Pulcros y afeitaditos lucían sin duda alguna los jefes de la NATO cuando dieron la orden de apretar botones! ¡Pulcros y afeitaditos los oficiales al apretarlos! Tal vez uniformados de gala, pues una bomba atómica era la coronación de su carrera...

Recuerdo un cartel de la NATO. Debajo de la cara de un soldado —igual a Paul Newman—, debajo de la cara afeitadita rodeada de las banderas de esa organización militar regional, podía leerse:

WACHSAMKEIT IST DER PREIS DER FREIHEIT

¡Ja! ¡Estar alerta es el precio de la libertad!... Estar afeitado es estar alerta; luego entonces...

—Bonito silogismo —sorprende Ilse mi pensamiento.

—¿Qué tal este otro?: afeitarse es ser civilizado; los de la NATO se afeitaban; ergo...

—Igualmente bonito.

—¿Y este otro?: únicamente los humanos se afeitaban; los de la NATO se afeitaban...

Ergo...

Pero no. Ella quiere que me afeite. ¡Ella quiere que me afeite! Yo, el único hombre que queda en el mundo, ¡afeitado!

Por eso le grito:

—¿Y los muertos?

—¿Cuáles muertos?

—¡Los muertos! ¡Los únicos! ¡Los alemanes, todos los alemanes! ¿Acaso no estaban afeitados cuando les cayó encima el fuego? ¡Qué disciplina de raza: se afeitaron para morir! ¡Qué corderos más cartagineses: se esquilan antes de ir al matadero! ¡Gloria a las barbas germanas: no fueron nunca ni serán nunca más!

Por supuesto, cuando dejé de afeitarme, mi mujer, a su vez, dejó de arreglarse las uñas, peinarse y pintarse la cara. Con el tiempo —con poco tiempo— hasta dejamos de asarnos.

Sí; tenía razón: afeitarse y todo eso es parte de una disciplina personal que contribuye a mantenernos erguidos, a que continuemos siendo humanos. A ser cadáveres vivos, en suma. Cadáveres decentes, con coquetería y todo.

Cuando descuidamos nuestro aspecto personal, los diálogos decayeron. Era inevitable que ocurriera así. El intercambio de palabras dejó de ser apasionado, respetuoso, lleno de afecto, y se transformó en un molesto interrumpir del sueño y del ensueño, del ensimismamiento y la soledad, de la evasión y la fuga. Por fortuna, los diálogos eran cada vez menos frecuentes y, paulatinamente, de menor número de palabras. Hablábamos lo estrictamente necesario. Y lo necesario era —por fortuna también— menos cada día.

—Helmut.

—¿Si?

—Juguemos otro juego.

—No.

Y al rato:

—Uno nuevo.

—¿Cuál?

—Tú me matas...

—Y luego...

—Te suicidas.

—...No.

—¿Por qué?

—¡Ah...!

¿Por qué no? Al fin y al cabo, de todas maneras íbamos a morir. Ilse dijo —hoy, ayer, hace un mes...— que estábamos muriendo. ¿No sería mejor pegarse un pistoletazo ahora y ahorrarnos la espera? De todas maneras, si lográbamos atrevernos a salir de este hoyo inmundo, la vida, si acaso era posible, sería infernal: Alemania arrasada de Norte a Sur, Alemania calcinada hasta los huesos de Este a Oeste, Alemania los ojos saltados de arriba abajo, Alemania hervidero de gusanos de abajo arriba... Ni siquiera piedra en escombros en las ciudades —¡ay, la tan amada piedra sobre piedra!— porque las bombas atómicas no son para tumbar edificios sino para fundir ciudades como si fuesen maquetas de cera. Lindo, ¿no? Estalla una bomba de un par de megatonnes, y no hay escombros sino lava, ¡lava! ¡Un río de lava candente, aleación de los metales del hombre, de la carne del hombre, del espíritu del hombre, de los libros del hombre, de las máquinas del hombre; de los zapatos, los parques, los besos, los salarios, las flores, los pensamientos, los sudores, los cines, las lágrimas del hombre... ¡Las risas, las esperanzas del hombre...!

Cuando el río de metal cuaja, ¿qué aleación resulta? ¡A saber! En todo caso será la más adecuada, por sonora, para fundir las Trompetas del Juicio Final... y, por su temple amargo, la única apropiada para la última espada, la Espada...

—Helmut.

—Si.

—Juguemos el juego...

—...¿Cuál?

—El que te dije.

—¿Cuál?

—Me matas y...

Solíamos llamar “juego” —eso fue antes del Juicio Final, y en los primeros días de Reposo Universal que le siguieron— a todo aquello que nos ayudaba a pasar el tiempo. Jugábamos muchas cosas: bridge, damas, canasta, póker, ajedrez... Mientras jugábamos ajedrez, Ilse hablaba mucho; pero era hábil.

—Caballo tres alfil dama.

—¿Caballo tres alfil dama? ¿Por qué una apertura tan heterodoxa? Pudiste jugar el peón de dama. O el de rey. Algo común, en fin...

—No comentes el juego. Yo quiero mover caballo tres alfil dama. Las piezas son mías, ¿no?

—Como gustes; pero no hay que ser tan singular. Peón cuatro rey.

—Caballo tres alfil rey.

—¿Qué te propones? ¡Eres un maniático!

—Sigo con mis caballos. Nada más.

—Es poco frecuente en ti.

—Mueve, mueve; es tu turno.

—Peón tres dama.

—Peón cuatro dama.

—¡Ah! Ahora veo más claro. ¿Era ese todo el misterio de tus caballos?

—Mueve, mueve.

—Caballo tres alfil dama.

—Peón cinco dama.

—Caballo dos rey...

Hastados de los juegos corrientes, retornamos a los juegos de infancia:

—Hoy cuento yo, Helmut: ¡verás quién gana! un, du, li, truá... a la re, min, duá... flete, flete... colorete... Un, du, li, truá... sal, salero... sarabuca... de rabo de cuca... de acucarandar... que ni sabe arar ni pan comer... Vete a esconder... detrás de la puerta... de San Miguel... Amén, papel.

—Amén, papel —repetía yo.

—Jaja!

—Ja ja ja ja!

Sí. Entonces todavía sabíamos reír. Y cantar... Todo era simple, todo era tan simple que bien podíamos durar, a gusto, cien años.

—Helmut.

—Sí.

—El juego...

—Cuál.

—El que te dije.

—No me acuerdo.

—Me matas y... y...

Otra vez lo mismo. Lo dijo ayer, anteayer, la semana pasada, hace un mes... ¿Acaso no le gusta el refugio? Debería de gustarle: sin esta concha, todo habría terminado ya; ¡habría terminado sin sentir nosotros siquiera el más pequeño dolor! ¡En un parpadeo, en un abrir y cerrar de ojos! ¡Zaz! ¡Todo habría terminado, como terminó todo para los alemanes, como terminó todo para todos!...

El refugio debería de gustarle. Sí. Fue ella la que me empujó a comprarlo, y ella misma vigiló su instalación. Un día, en la sala de casa, me dijo:

—¿Sabes lo que es Fatex?

—Un nuevo detergente.

—No.

—Eh... ¡Un producto de la Esso!

—No. A la tercera es la vencida.

—Un... ¡Una dieta para adelgazar!

—No.

—¿Qué es, entonces?

—Una maniobra militar.

—Pues tiene nombre de detergente. O de combustible para automóviles. O de una dieta para bajar de peso.

—Fatex-Manöver. Consiste en arrasar Alemania con bombas atómicas.

—¡Bah! No creo que los rusos se arriesguen a una guerra nuclear. Recuerda que en la segunda guerra tuvieron veinte millones de muertos.

—No serán los rusos, querido.

—Alemania Oriental tampoco puede atacarnos.

—Ni Alemania Oriental.

—¡No será Suiza! ¡Ja ja ja ja! ¿Sabes que el Partido Comunista Suizo es pro Pekín?

—En la Fatex-Manöver, las bombas nucleares que caen sobre Alemania son bombas occidentales.

—¿Occidentales?

—Oc-ci-den-ta-les.

—¿Cuba?

—Estados Unidos... Inglaterra...

—¿Por qué Inglaterra y Estados Unidos habrían de querer destruir a Alemania con bombas atómicas?

—Para hacer más lento el avance enemigo hacia el Oeste.

—Pero somos aliados... ¿O me equivoco?

—Somos aliados; para bien o para mal, somos aliados. Y serán nuestros aliados quienes destruyan a Alemania para salvar la Civilización Occidental.

—Bonita manera de salvarla. ¡Muy agradecido por mi parte! ¿De quién es esa brillante idea, para enviarle un ramo de flores?

—Envía el ramo a la NATO.

—¿La NATO? ¡Estás loca! ¡Alemania es miembro de la NATO!

—Pues envía el ramo a la NATO: “Con el agradecimiento de un buen alemán”.

—¿Dónde te enteraste de eso?

—Y puedes redactar la tarjeta de las flores en alemán: muchos militares alemanes trabajan en la NATO.

—Ellos recibirán tu ramo. Quizá bauticen una bomba con tu nombre.

—Bromas aparte, ¿dónde te enteraste de eso?

—En “Stern”.

—¡“Stern”, “Stern”! ¡La Biblia!...

—¿Qué tiene de malo esa revista? Es una buena fuente de información.

—¿Y si yo te digo que leí en “Bild” lo contrario?

—Te diría que leíste una novela de aventuras.

—¡Novela! Oye esto: Inglaterra y Estados Unidos son barridos por un bombardeo atómico; pero en Alemania se mantiene vivo el espíritu de Carlos Martel...

Carlos Martel. El mayordomo de palacio merovingio.

El año 732 derrotó a los árabes en Poitiers, preservando a Europa de la descristianización.

—Prehistoria; ¿y entonces?

—Pues que al ser destruidos totalmente Inglaterra y Estados Unidos, Alemania acude a salvarlos.

—¿Salvarlos después de haber sido destruidos?

—A salvar su cultura, tú me entiendes. Al fin y al cabo, son nuestros aliados.

—Un general alemán preserva a Occidente de la nueva descristianización!

—¿Por qué no? Un general alemán. De la *Bundeswehr*.

—¡El nuevo mayordomo de palacio! ¡El moderno Carlitos Martel!

—Aunque te burles, es algo parecido. ¡El moderno Carlos Martel!

—¡Jo jo!

—¿Cómo que jo jo? ¡Es posible, ¿no?!

—Helmut, dejemos de ser niños. ¡Dejemos todos los alemanes de ser niños! Alemania está en peligro...

¡Todos estamos en peligro!

—Rusia está en peligro. Y China. Y Checoslovaquia y Hungría y Yugoslavia y... ¡y hasta Liechtenstein y Mónaco!

—Así, pues, todos debemos de preocuparnos. Con la guerra atómica se acabó la neutralidad.

—¡Preocuparnos!

—Sí; preocuparnos.

—Te preocupas por nada.

—¿Sabes que hay bombas atómicas en Alemania?

—También las hay en Francia.

—¡Son francesas, Helmut! ¡Son de ellos, de los franceses! En cambio, el armamento atómico depositado en suelo alemán **no es alemán**. Lo custodian soldados alemanes, es cierto; pero ningún alemán, por alto que sea su cargo o su rango, tiene acceso a él, ni lo controla ningún alemán.

—¿Qué quieres? ¿Qué lo den a los neonazis?

—Ni lo uno ni lo otro. Que se lleven a su casa esas bombas infernales; eso quiero.

—¿Quién dice que el armamento atómico no es controlado por alemanes?

—“Stern”!

—“Stern”!

—En pequeñas poblaciones, como Pfuhlendorf, cerca del Bodensee, hay “campamentos especiales”.

—¿Qué tiene de especial un “campamento especial”?

—En él se guarda munición “especial”.

—Y la munición “especial”, ¿qué tiene de especial?

—¡No te hagas el tonto, Helmut! Sirve para la guerra no convencional. . .

—Para la guerra “especial”, por supuesto. No eres muy clara para discutir, ¿sabes?

—¡Pero es que tú mismo lo dices, Helmut! Esa munición “especial” sirve para el asesinato en masa, el crimen especializado en escala industrial, el genocidio con procedimientos de producción en cadena. Como en Hiroshima.

—Tonterías. Lees demasiadas revistas. Eso es.

—Es la verdad, Helmut. Una verdad mil veces más terrible que la de Hiroshima, porque las bombas son hoy mil veces mayores. . .

—¡Tonterías! ¡Puras tonterías!

—¡Muros de cadáveres alemanes para contener el avance enemigo! Fosos llenos de la sangre alemana, montañas de los huesos de las mujeres, de los niños alemanes! ¡Y dices que son tonterías!

—¡Tonterías! ¡Puras tonterías!

Ilse quedóse de pie frente a la ventana, tronándose los dedos. Estaba nerviosa, más excitada de lo que la había visto otras veces.

Después de un rato de silencio, se volvió a mi para decirme en tono sombrío:

—Helmut, ¿te pesaría gastar unos 20.000 marcos?

—¿Qué te traes ahora?

—Dime si puedes disponer de unos 20.000 marcos.

—Depende.

—Para un gasto necesario.

—Eso vale un buen automóvil. Quizá dos.

—Tenemos automóvil. Se trata de una inversión.

—¿Una inversión?

—Sí; una inversión.

- ¿Como la bolsa de valores? ¿Como el oro o las acciones?
- Más o menos... ¿Tienes el dinero, o no?
- Dime de una vez de qué se trata.
- ¿Lo tienes, o no?
- ¡Dime de qué se trata, mujer!
- Se trata de proteger nuestras vidas. El oro de nuestras vidas.
- Ya tenemos seguros.
- Es otra cosa. Un seguro no protege contra una explosión nuclear.
- ¿Qué es, finalmente? Es difícil platicar contigo.
- Un refugio. Compramos un refugio atómico.
- ¡Oh, no! ¡No eso!
- Se acercó a mí y, tomándose de las manos, me imploró:
- Comprémoslo, Helmut. No tenemos hijos. El dinero que nos sobra no podremos llevarlo a la tumba. **Por favor, comprémoslo.**
- Estás nerviosa. Ilse... Vamos tranquilízate:
- Luego, para aliviar la tensión, agregué:
- ¿Te gustaría que tomásemos unas vacaciones?
- No, Helmut.
- Es una buena idea. Podríamos ir a Hawaii. ¿Te gustaría conocer Hawaii? Hula-hula, sol, flores, mar caliente...
- Por favor, compramos el refugio. No te pido más que eso.
- ¡Pero un refugio no lo venden por correo!
- Sonriente, sabiéndose victoriosa sobre mi última resistencia, terminó:
- He visto anuncios, Helmut; ¡anuncios y planos! ¡Yo sé cómo comprarlo!
- Y lo compramos. A regañadientes por mi parte; pero lo compramos. Y no costó 20.000 marcos sino varias veces esa suma: ya embarcado en la aventura, no escatimé gastos. Si íbamos a tener un refugio atómico, pues que fuera el mejor de todos. Al fin y al cabo, aunque las tumbas cuestan dinero, el dinero no circula en las tumbas...
- Solíamos reunirnos en la sala, frente a la chimenea, para ultimar los detalles del refugio. Ella estaba encantada, y yo le ofrecía cosas.
- ¿Quieres aire acondicionado?
- ¿Lo crees necesario?

—¿Lo quieres, o no?

—Tú dirás. Yo quiero una cocina pequeña y un baño amplio.

—Bueno... **Co-ci-na pe-que-ña... ba-ño am-plito... ai-re a-con.**

—No te privarás de la televisión.

—Ya está anotada... **di-cio-na-do.**

—¡Libros, muchos libros! Recuerda que se trata de esperar.

—¿Cuánto tiempo crees que tendríamos que esperar encerrados en caso de un ataque atómico?

—Meses. Quizás años. Hasta que el nivel de radiación baje a un límite inocuo.

—¿Años?

—O días. Ya lo dirán los contadores Geiger.

—¿Acaso no habían inventado bombas limpias?

—Nada que mate es limpio.

—Bueno, bueno. Tendrás tiempo de leer. ¿Quieres que te envíen al refugio la suscripción de "Stern"?

¡Helmut! ¡Esto es serio!

—Yo decía... Pero no te preocupes; tendrás de todo: alfombras de pared a pared; bodega con vituallas y concentrados alimenticios para años; secador de pelo, lámparas ultravioleta, discos; aire acondicionado para el verano, calentador para el invierno; generadores, baterías eléctricas, teléfono...

¿Teléfono?

—Sí; teléfono. Y radio transmisor-receptor. Es necesario mantenerse ligado al mundo externo

—Tienes razón; para informarnos, para pedir auxilio..

—Eso es.

—¡La basura, Helmut!

—¿La basura?

—Sí; los desperdicios. ¿Cómo nos desharemos de ellos?

—Pasará diariamente el servicio municipal.

—Helmut, no bromees.

—Un incinerador automático, querida. Y el retrete no gastará agua, sino que eliminará eléctricamente los detritos.

—Fantástico!

Me surgió una duda: en un mundo destruido, ¿habría programas de televisión?

—Ilse, ¿crees que halla programas de televisión?

—No sé... Es posible.

—Contestas como los psiquiatras: sin comprometerse.

—Tal vez de España o de Italia. Tal vez de Austria.

—O de Rusia.

Tuvimos, pues, lo mejor. Aparte de las cosas que hacen agradable la vida, me propuse cumplir los deseos de Ilse y tener también aquellas otras que, en la era atómica, la hacen **segura**: construcción subterránea, un **Bunker** a prueba de todo; gruesas paredes de concreto; recubrimiento con planchas de plomo; puertas de acero con cierres de seguridad tipo submarino; purificadores de aire; periscopios de observación. Y contadores Geiger en todos los rincones. Y duchas de chorro fuerte para lavarnos la ponzoña nuclear, si acaso accidentalmente se filtraba...

Frente a todas esas ominosas presencias de la posibilidad del mal, la inerme —y, por eso, menos vulnerable— lealtad de la belleza: en un catálogo descubrí la existencia de unas plantas japonesas que, prácticamente, serían capaces de florecer en la luna. Cuentan que, apenas cinco horas después de la Bomba, fueron vistas en los fúnebres vergeles de Hiroshima, donde la muerte sembró largamente su semilla. Por eso comenzaron a llamarla “Flor Atómica”... Pedí semillas en cantidad suficiente como para cubrir el Parque Central de Nueva York... donde más me gustaría verla ahora... ¡No! ¡No es cierto! Sé que hoy florece en Nueva York; pero no es cierto que me gustaría verla allí ni en parte alguna.

Cuando tuvimos el refugio, el hoyo dispendioso perdió, con la familiaridad, su calificativo de **atómico**. Fue, llanamente, el refugio, **nuestro refugio**; el sitio al que íbamos un tanto con la actitud que teníamos en la infancia cuando jugábamos a papá y mamá. Fue el escondite, la isla para gozar de la soledad... Llegamos a pasar, metidos en él, fines de semana enteros; los lunes por la mañana, cuando teníamos que subir a casa, como quien regresa de unas agradables vacaciones en el mar o la montaña, lo abandonábamos con pesar. Porque en él fuimos otra vez novios, otra vez recién casados.

Más todavía: en él fuimos amantes.

—¡Qué de tardes maravillosas pasamos allí!

—Este teléfono es inútil, Helmut. He marcado tres números distintos y mis amigas no están en casa.

—Oh, la gente acostumbra salir.

—Tontos. Deberían tener esto. Hay que hacer el amor en un refugio atómico.

—Claro; es más seguro y tranquilo.

—Segurísimo. No te levantan ni las bombas de diez megatonnes.

—Ni peligras de que te encuentre un cónyuge celoso.

—¡Ja ja ja ja!

—¡Ja ja ja ja! . . . ¿Quieres oír música, Ilse?

—Bueno . . . La Novena Sinfonía.

—Estás seria hoy. Mejor algo moderno.

—No; quiero oír la Novena Sinfonía. Es el himno del amor, de la amistad, de la alegría . . . ¿Sabes que las Naciones Unidas la adoptaron realmente como su himno?

—¿Dónde es que te enteras de esas cosas?

—En “Stern”.

—¡Uf! ¡Sobraba que me lo dijeras!

—Pero pon de una vez el Cuarto Movimiento. Creo que Beethoven perdió su tiempo al componer los otros tres movimientos.

—¿No te gustan?

—Claro que si me gustan; pero la Coral es infinitamente grande. Beethoven debió componer una Novena Sinfonía con cuatro cuartos movimientos.

—Sería la Décima Sinfonía.

—Sería la cuarta-cuarta-cuarta-cuarta sinfonía.

—¡Ja ja ja ja!

—¡Ja ja ja ja!

—Bueno. Escucha tu Cuarto Movimiento.

Ilse siguió, tarareando en voz baja, los primeros compases del Cuarto Movimiento. Cuando hacían su entrada los coros, ella cantaba siempre los versos de Schiller. Esperé un momento, hasta que dejó de tararear, y la llamé a mi lado.

—Ilse . . . Acércate.

—¿No vas a seguir leyendo?

—No. Ven acá.

—¿A la alfombra?

—A la alfombra.

Siempre accedía. Con mohines se acercaba a mí.

—¡Hmm!

- Te quiero, Ilse.
- ¡Helmut! ¡Estamos en el refugio!
- No me importa.
- ¡Respétalo; es un templo! ¡No, Helmut; ...no!
- ¿Y si tuviéramos un hijo?
- Se llamaría Helmut.
- ¿Y si es una mujercita?
- No sé...
- Ilse. Como tú.
- Soraya. Me gusta Soraya.
- ¿Qué ha dicho últimamente el médico?
- Que lo cree posible; pero hay que apurarnos y... perseverar.
- Pues... ¡Apurémonos y perseveremos!
- ¡Helmut! ¡Helmut!

También jugábamos a tomar en serio el papel de damnificados atómicos. Practicábamos telecomunicaciones, y para ello aprendimos el Código Morse... o algo que se le parecía. Compramos un par de llaves telegráficas de juguete, y las aporreamos con mensajes que siempre conducían a lo mismo.

- .-.-.-.
- ...-.
- -.-.
- .-.-.-.
- ...-.
- -.-.
- .-.-.-. .-.-.-. -.-.-. -.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-.
- .-.-.-.
- .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-.
- ¡Ja ja ja ja!
- ¡Ja ja ja ja!

Otras veces nos hablábamos al través de los **handy-talkies**:

- Adán llamando a Eva... Adán llamando a Eva... Cambio.
- Eva responde... Eva responde... ¿Qué desea el señor Adán? Cambio.
- Adán quiere saber si hay novedades en casita. Cambio.
- Cañcito le rompió la cabeza a Abelito... Cambio.
- Los pleitos entre hermanos no tienen importancia. Eso no pasará a la historia. ¿Qué más hay? Cambio.

—Fui al huerto... Cambio.
 —¿Al de casa, o al otro? Cambio.
 —Al del Edén. Cambio.
 —¿A qué fuiste? Soy celoso. Cambio.
 —A cortar manzanas. Cambio.
 —¡Bravo! Tengo unas ganas locas de varias la dieta. Cambio.
 —Eso me dijo... Cambio.
 —¿Quién te dijo qué? Al señor Dios no le agrada verte... Cambio.
 —La serpiente. Me dijo que te gustaría comer manzanas. Cambio.
 —¿Qué serpiente? Cambio.
 —Oh... una... una amiga. Cambio.
 —¿Bonita? Cambio.
 —A mí no me gusta. Cambio.
 —Entonces ha de ser bonita. Cambio.
 —Creo que es un poco larga para tus gustos. Cambio.
 —Bueno; la conoceré un día de estos. ¿Qué hay de las manzanas? Cambio.
 —Las traje... Cambio.
 —¿Cuándo me las darás a comer?... Cambio.
 —Cuando tú digas... Cambio.
 —Quiero ahora mismo... Cambio.
 —Ahora mismo es difícil. Cambio.
 —Insisto en que ahora mismo. Cambio.
 —No es hora de comer... Cambio.
 —Soy Adán, soy el varón. Si no me das ahora mismo, le diré al señor Dios que me devuelva la costilla que me quitó... Cambio.
 —¡Eso no, por favor!... ¿Qué me regalas si te doy manzanas ahora mismo?... Cambio.
 —Dí qué quieres; ¡pero rápido, antes de que te denuncie a la policía! Cambio.
 —Quiero el nuevo modelo de vestido. Cambio.

—¿Qué modelo es ese? Cambio.
 —Uno que hará furor. El último alarido de la moda. Seré la mujer mejor vestida del Paraíso... Cambio.
 —¿Es discreto? No me gustan las cosas extravagantes. Cambio.
 —Discretísimo; cubre todo. Cambio.
 —¿Todo?... Cambio.
 —Todo. Se llama “Hoja-de-parra”. Cambio.
 —Bueno; te lo compraré. Y te daré otra cosa. Cambio.
 —¿Qué otra cosa?... Cambio.
 —Una sorpresa. Cambio.
 —¡Dime ya! Cambio.
 —Un bolso de piel de amiga... Cambio.
 —¿Piel de qué?... Cambio.
 —De amiga. O de serpiente; es lo mismo. ¡Hasta luego, hasta luego!
 Corto.

—¡Espera, espera! ¡Helmut! ¡Espera!

Entonces me le acercaba sigilosamente, como un leopardo al acecho. Ella fingía huir mientras yo la perseguía por todo el refugio, hasta darle alcance y tomar de su boca, de su cuerpo todo, la manzana:

—¡No, Helmut!

—No soy Helmut. ¡Soy Adán!

Sí; perseverábamos, perseverábamos... Pero no llegó nunca el hijo. Cuando más perseverábamos estalló la guerra atómica, primero lejos de aquí, en Viet Nam, en China, en Mongolia y, luego, encima de nosotros mismos...

Ahora me alegro de que no naciera; me alegro de la inutilidad de la perseverancia. ¿Qué sería de esa pobre criatura aquí, en este mundo en vísperas de su liquidación? ¿Qué sería de sus tiernos huesecitos, de su piel azotada por la saña atómica?

Para el niño, la guerra estalló justo a tiempo.

Y estalló tarde para nosotros...

—Juguemos...

—Qué.

—Juguemos.

—No.

—El juego...

—Deja.

—Mátame...

—...

—Mátame... Por favor...

Cuando comenzaron a caer las bombas sobre Alemania, apenas nos quedó tiempo de llegar hasta el refugio. No hubo avisos previos, ni sirenas de alarma antiaérea, ni mensajes por la radio a la población civil: era el crimen bélico, el crimen con las circunstancias agravantes de las bombas atómicas lanzadas por sorpresa... Las bombas llegaron simplemente del cielo, para hacerse hongos monstruosos sobre la ingenua, dulce tierra alemana.

No supimos nunca de dónde partieron las bombas; pero la concusión, terrible como un desgarramiento de los músculos del aire, y los sucesivos temblores terráqueos, venían de todos lados... No lo supimos nunca; nadie jamás lo sabrá. No podrán contarle ni siquiera quiénes las lanzaron con sus cohetes poderosos. Nadie los acusará ante un tribunal por el delito de genocidio, porque todo tribunal ha sido liquidado; ellos no presentarán alegatos en su defensa, porque ellos, los criminales, también murieron; ningún juez dictará sentencia, porque ya no hay más un juez. Hasta Dios parece si la Humanidad muere... No supimos de dónde vinieron las bombas; nadie jamás lo sabrá. Cuando una bomba nuclear cae, cae del cielo. Venga de donde venga, siempre cae del cielo. O del infierno: Es lo mismo... Cae como el aliento de fuego de un dios omnipotente, omnimaligno, y borra todo, hasta las evidencias de su voluntad destructora...

Así, de pronto, el refugio dejó de ser el dulce nido de enamorados y asumió el papel para el que lo había creado el ingenio humano: el papel de refugio atómico, atómico.

Desde luego, afuera ocurrieron cosas no previstas que le hicieron desempeñar mal su papel de engendro nuclear. Comenzó entonces a crecer en nosotros otro hongo: el hongo de la desesperación.

—Helmut, ¡el teléfono está desconectado!

—Estarán destruidas las centrales telefónicas.

—¿Captaste algo en la televisión?

—No; Madrid no entra.

—En España había bases nucleares.

—Quizás esté destruido ese país.

—Sigue probando con la radio.

—Es inútil... En fin...

—La BBC.

—Londres no transmite más.

—Cuba. Cuba tenía una emisora muy potente.

—No capto nada, ¡nada!

—Busca Estados Unidos. Y Rusia.

—¡Nada, Ilse! ¡No se escucha nada! ¡Solamente ruidos, ruidos como de monstruosos grillos metálicos!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Es posible que las condiciones atmosféricas creadas por las bombas impidan el funcionamiento de las telecomunicaciones.

—Helmut, ¿y si Alemania no era el único obstáculo atómico? ¿Y si toda Europa era el campo de la Maniobra Fatex?

—No puede ser...

—Helmut... estamos perdidos.

—No; no es así.

—¡Perdidos!

—No, hija; tienes que confiar.

—¡Tengo miedo, Helmut!

—Probaré otra vez en la radio.

—No... Abrazame, ¡abrazame!

—Serénate, amor; serénate. Verás cómo todo sale bien.

La senté en mis piernas, como un padre con su hijita. Ilse temblaba.

—¡Tengo miedo, Helmut! ¡Tengo miedo!

—No, hija; hay que tener fe.

—Cántame algo, Helmut.

—¿Tu cuarto Movimiento?

—No... Una canción de cuna.

—Bien; pero te duermes.

—Sí.

Entonces le canté una vieja canción de cuna alemana; una vieja canción que habla de cómo Dios sabe cuántas estrellas hay en el firmamento y cuántas nubecillas se arrastran por el cielo, y de sus cuidados para que no le falte ninguna. ¡Dios, estúpido administrador, tan cuidadoso de las nubes, tan olvidado de los hombres!

Weisst Du wieviel Sternlein stehen
an dem blauen Himmelszelt,
weisst Du wieviel Wölklein ziehen
hin über alle Welt,
Gott der Herr hat sie gezählet,
dass Ihm auch nicht eines fehlet,
an der ganzen grossen Zahl,
an der ganzen grossen Zahl. (*)

Se durmió en mis piernas y, como a una niña, la acosté y la arropé con edredones. ¡Dios sabe lo que soñaba! ¡Dios debe saberlo, sí; tan cuidadoso de las nubes, tan olvidado de los hombres!

Después de dormirse Ilse, me acerqué al periscopio de observación.

Lo primero que vi fue un cielo rojo sangre, matizado de verde y de violeta. Sobre la tierra no había más que humo denso, fuego y vapor de agua; polvo gris y lava, lava sanguinolenta. La nieve de algunos picos montañosos se había derretido, y de la ciudad —mi ciudad— no se reconocía ni el perfil del horizonte.

Era un sueño, una pesadilla...

Por la noche, los promontorios y el cielo se iluminaban con un extraño fulgor, con una fosforescencia fantasmal.

Con el correr del tiempo mi mujer se tranquilizó bastante. Aceptó aquella pavorosa situación con ejemplar fortaleza; o bien el choque con la realidad fue tan violento que le provocó un trauma. Lo cierto es que, durante un tiempo, llevamos una vida bastante normal, una vida que transcurría como si nada hubiese ocurrido y solamente estuviésemos pasando, en el refugio, un largo fin de semana...

Aunque suponíamos que la destrucción de Europa había sido total, por lo menos estábamos nosotros con vida e indemnes. Es el viejo egoísmo humano. Dentro del egoísmo, sin embargo, un pensamiento altruista crecía, para alimentar el cual no requeríamos de especiales esfuerzos de generosidad: si la guerra atómica había barrido el mundo entero, sobre nosotros dos, Helmut e Ilse —Adán y Eva de la Era Nuclear— recaería la responsabilidad de no dejar perecer al planeta, de repoblarlo con la especie humana. Eso agregó una preocupación más a las numerosas que ya nos agobiaban: si hasta hoy no habíamos tenido hijos, era remoto que los concibiéramos en el futuro. Así, pues, con nosotros moriría la Humanidad. Por otra parte, de lograr tener hijos, ¿podría decirse que serían a imagen y semejanza de Dios...? Frutos de nuestra simiente, ¿serían iguales a nosotros, con nuestras creadoras cualidades, con nuestros estúpidamente destructores defectos? ¿Qué mutaciones biológicas reservaba la radiación atómica para la raza por venir? ¿De qué mons-

(*) : ¿Sabes tú cuántas estrellitas se hallan/en la tienda azul del cielo?
¿Sabes tú cuántas nubecitas van pasando/sobre el mundo?
Dios el Señor las ha contado,
para que no le falte ninguna
de todo el inmenso número,
de todo el inmenso número.

truos seríamos padres, de qué alimañas seríamos abuelos? ¿Valdría la pena engendrar otra vez a Caín y Abel?

—Helmut, oye este poema.

Como teníamos una buena dotación de libros, nos aficionamos poco a poco a la poesía. La poesía, que nunca leímos mayor cosa, se nos reveló de pronto como el mensaje eterno del espíritu humano, como el alegato y el testimonio del hombre de hoy al hombre del mañana. ¡Lástima que, en este caso, el futuro carecería de corazones humanos, únicos órganos receptores aptos para la poesía!

—¡Helmut! ¿No me oyes?

—Perdona, querida; ¿qué decías?

—Escucha este poema. Se llama “La Furia de un Bombardeo Aéreo”.

—¿Quién es el autor?

—Un norteamericano, Richard Eberhart.

—Léelo.

—“Se creería que la furia de un bombardeo aéreo activaría la compasión de Dios; los infinitos espacios están todavía silenciosos. El observa con rostro de conmovido orgullo. La historia no sabe siquiera qué es lo que se resuelve.

“Se creería que luego de tantos siglos Dios entregaría el hombre al arrepentimiento: sin embargo puede matar lo mismo que Caín, pero con voluntad múltiple, no ha progresado mucho desde sus antiguas furias.

“¿Fue el hombre hecho estúpido para contemplar su propia estupidez?
¿Es Dios indiferente por definición, más allá de todos nosotros?
¿Está la verdad eterna, la combativa alma del hombre .
allí donde la Bestia se alimenta en su propia avidez?

“Hablo de Van Wattering y de Averrill, nombres de una lista, cuyos nombres no recuerdo pero que han ido a temprana muerte los que en el aprendizaje fueron lentos para distinguir el cierre de alimentación del cierre del cinturón de seguridad”.

—Muy hermoso. ¿Qué es el cierre de alimentación?

—No sé; supongo que la boca... ¿Ves cómo también nosotros somos lentos para distinguirlos?

—Dime otra vez el poema de Edna St. Vincent Millay.

—¿“Qué Labios Mís Labios Han Besado”...?

—No; el otro. El del **Amado Polvo**...

—“Y tú del mismo modo has de morir, amado polvo,
y toda tu belleza no te sostiene en sitio alguno;
esta intachable mano viva, esta cabeza perfecta,
este cuerpo de acero y llama, antes del arrebató

“de la muerte, o bajo su helada otoñal,
scrá como cualquier hoja, no estará menos muerta
que la primera hoja que cae —este milagro huído.
Desintegrado, extraño, alterado, perdido.

“Ni te valdrá de nada mi cariño en tu hora.
A pesar de todo mi amor, levantarás el vuelo
ese día y divagarás por el espacio,

“oscuramente, como las flores solitarias,
sin que importe lo hermoso que puedas haber sido,
o cuán querido, entre todo lo demás que también perece”.

Siempre nos quedábamos en silencio después de declamar ese poema, que mi mujer ya se sabía de memoria, tantas eran las veces que yo le pedía lo dijese. Permanecíamos quietos, cogidos de las manos, imbuidos de un misterioso sentimiento que nos hacía vernos enfrente a nosotros mismos, como si fuésemos seres intangibles. Pienso que, en alguna forma, nos sentíamos muertos después de decirlo. Porque la muerte no era entonces un pensamiento angustiioso, pues de acuerdo al poema morir era levantar el vuelo y divagar por el espacio, oscuramente, como las flores solitarias... No era que deseáramos la muerte; eso vino después... después...

—Helmut.

—¿Si?

—Hazlo...

—¿El qué?

—Me...

Porque no sólo falló el refugio: también fallamos nosotros. Lo cual era natural que ocurriese pues si las instalaciones mecánicas fallaban, con mayor razón fallábamos nosotros, endeblés maquinarias humanas sujetas al desgaste de la angustia y la desesperación, a la rotura del derrotismo...

—¿Por qué no cocinaste algo hoy?

—¿Quieres comer?

—Es preciso que comamos. ¿O no?

—Abramos latas; es más cómodo.

—Ya sé que es más cómodo abrir latas; pero tienes que cocinar algo todos los días.

—Mucho esfuerzo para nada. Abramos conservas, y ya.

—No está bien eso. Tampoco está bien que la basura se acumule en el piso y sobre los muebles. ¿De qué sirve entonces el incinerador?

—¡Ya lo sé!

—Tienes mal carácter.

—¿Por qué lo dices?

—Tienes mal carácter. Es todo.

—Tú eres el del mal genio. Refunfuñas por nada.

Fue entonces cuando me dejé de afeitar. Fue entonces cuando mi mujer dejó de arreglarse. Y nos empezamos a bañar sólo de vez en cuando. Y yo no volví a exigir nada más, ni refunfuñé por nada. Dejamos de ser humanos y nos tornamos animales recolectores: el árbol frutal era la bodega; íbamos allí cada vez que teníamos hambre. Y así como el animal tiraba la cáscara en cualquier sitio, después de comer la fruta, nosotros comenzamos a tirar las latas vacías, después de tomar directamente de ellas, con los dedos, su contenido. Y todo era una pocilga. Y nosotros éramos cerdos. Y ella tenía razón: era más cómodo. Y un día gruñimos. Gruñimos como animales, creyendo que era nuestro lenguaje:

—Croin, croin, croin...

—Grr... Croin croin...

—Croin croin...

—Grr... grr... croin...

—Grrr...

También hicimos locuras más serias.

—Helmut, felicítame: quemé el teléfono.

—Te felicito. No servía para nada.

—Hoy me bañaré en vino.

—Escoge las botellas de 1964. Fue buena cosecha.

—¿Cosecha? ¿Qué es eso? ¿Se daba el vino en los árboles?

—No; lo parían las máquinas de coser.

—¿Me baño en rosado o en blanco?

—En tinto.

—El ácido tánico mancha la piel.

—Por eso. Quiero verte de otro color.

—¿Y luego cómo me despinto?

—Un día de estos te cepillas con dentífrico.
—No quiero tinto.
—Entonces un rosado espumante.
—Buena idea. ¿Estarán frías las botellas?
—¡Qué sé yo!
—Me sería molesto bañarme con vino frío.
—Dame el hacha de bombero.
—¿Para qué la quieres?
—Para hacer puré de televisor.
—Yo te ayudo. ¡Y rompamos también el radio!
—¡Eso es!
—¡Rompamos todo, Helmut! ¡Todo!
—¡Sí; todo! ¡Y después nos bañamos en vino tinto!

Lo rompimos todo, ¡lo rompimos todo! Y después nos bañamos en vino... En vino rosado, en vino blanco, en vino tinto, en champaña. Y ese día nos acostamos. Y después del coito lloramos. Y entonces Ilse me dio la terrible noticia.

—Estoy embarazada.
—¿Qué dijiste?
—Que estoy embarazada.
—¿Estás segura?
—Creo que sí.
—¿Qué te hace creerlo?
—No me ha venido la regla.
—Eso no significa mucho.
—No me ha venido en dos meses.
—Un desarreglo cualquiera. Es la vida de encierro.
—Mi menstruación fue siempre regular. Aun aquí.
—Puede alterarse; ¿o no?
—Hay otros síntomas. ¿Notaste algo extraño cuando me apretabas los senos?
—Te salió... leche.

—Era calostro. A veces sale calostro del pezón, sobre todo en el primer embarazo.

—¿Has vomitado?

—Un poco. Sí; tengo náuseas, malestar...

—No me habías dicho nada.

—No sé por qué... Tenía miedo... No sé...

Guardamos silencio. Los dos pensábamos lo mismo; pero no nos atrevíamos a decir nuestros pensamientos.

—¿Qué haremos ahora? —dije yo, por fin.

—No sé...

—Tú... ¿quieres el hijo?

—...N-no...

—Entonces...

—¿Lo quieres tú?

—...No. Tampoco lo quiero...

¡El hijo, el hijo que tanto habíamos deseado! Hablábamos ahora de él como de un tumor maligno, al que era preciso extirpar perentoriamente. ¡Y ya no se llamaría Helmut, ni Ilse, ni Soraya! ¡Se llamaría Nada!

—¿Qué piensas? —Me preguntó Ilse.

—No sé... No podrás abortar; es peligroso en estas circunstancias.

—Lo sé...

—Esperemos un tiempo... Pensemos...

Otra vez nos cubrió un silencio grueso como gelatina. Oí la voz de Ilse.

—Lo he pensado, Helmut.

—¿Entonces?...

—Tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Mátame.

—... Piénsalo bien.

—Te digo que lo he pensado. Mátame. Así termina el niño y termino yo.

—Es difícil.

—¡No lo es! ¡Es muy simple! ¡Me pones la pistola en la nuca y...

—Es difícil...

—No sufriré nada.

—Me duele pensarlo, Ilse.

Y otra vez el silencio. ¡Otra vez el silencio!

—Entonces lo hago yo misma, Helmut.

Y otra vez el silencio, ¡el silencio!

—Lo haré yo misma, Helmut.

—No; deja. Te mataré yo —acepté.

—Es necesario, Helmut.

—Quizás sea lo mejor.

—Es lo mejor, Helmut.

—Que Dios nos perdone...

—Sí... Que Dios nos perdone...

¡Dios, estúpido cerdo asqueroso! ¡Sigue cuidando de tus nubecitas, que los hombres no valemos nada!

Ella misma cogió la pistola. Ella misma la cargó y maniobró, hasta colocar un cartucho en la cámara del arma. ¡Ella, la que siempre les tuvo pavor! Luego, transformado su rostro, serena, con una sonrisa en los labios y en los ojos, me entregó la pistola en silencio. Después se peinó cantando. Se dio ligeros pellizcos en las mejillas, para animar su color, y se arrodilló a mi lado. Mientras tanto, lloraba yo en silencio. Lloraba de impotencia y de amargura.

Ella trató de tranquilizarme.

—Que no te aflija, Helmut... Es lo mejor... Sabemos que es inútil persistir... Alemania ya no existe... Ni Europa... El mundo está destruido. Destruído para siempre... Si saliéramos del refugio, la radioactividad nos mataría de todas maneras. Nos mataría lentamente, dolorosamente. Se nos caería el pelo a mechones... La piel se nos arrancaría a pedazos... No llores, Helmut; es mejor así.

Con esto me evitas sufrimientos mayores... ¡Mira! ¡Mira las flores atómicas! ¡Qué lindas! ¡Qué lindas en su sarcasmo! Es el primer producto sobre el que la publicidad no miente... ¡Recuerdas cuando, a la salida de la escuela, tú me entregabas ramos de "dientes de león"? Las cortabas tú en el camino, y cuando me las dabas no decías palabra. ¡Lo hiciste tantas veces! ¿recuerdas? ¡Y las primeras veces me dabas el ramo de "dientes de león" y corrías! Yo tenía ganas de correr detrás de ti, para preguntarte por qué corrías... Muy tarde me di cuenta de que corrías por pena a mí, ¡a mí, una chiquilla de diez años!... No llores; ¡vamos, Helmut; no llores! ¿No ves que me harás llorar a mí? A ti no te gustó nunca que llorara... ¡Vamos,

no llores! . . . ¿Quieres que te diga el poema del Amado Polvo? ¡Te gusta tanto! ¿Quieres oírlo? . . . Sí; te lo diré; pero no llores, ¿quieres?

“Y tú del mismo modo has de morir, amado polvo,
y toda tu belleza no te sostiene en sitio alguno;
esta intachable mano viva, esta cabeza perfecta,
este cuerpo de acero y llama, antes del arrebató

“de la muerte, o bajo su helada otoñal,
será como cualquier hoja, no estará menos muerta
que la primera hoja que cae —este milagro huido.
Desintegrado, extraño, alterado, perdido . . .”

Entonces continué yo el poema:

“Ni te valdrá de nada mi cariño en tu hora.
A pesar de todo mi amor, levantarás el vuelo
ese día y divagarás por el espacio.

“oscuramente, como las flores solitarias,
sin que importe lo hermoso que puedas haber sido,
o cuán querido, entre todo lo demás que también perece”.

Hundí su cara en mi pecho. Hundí mi cara en su pelo. Estuvimos así un rato, llorando en silencio. En todo el refugio no se oía más que un fuerte y angustioso *toc toc toc*, no sé si de nuestros corazones atribulados o de los contadores de radioactividad.

Al cabo de un momento, Ilse levantó la cabeza y, suspirando, me dijo:

—Lástima que destruyéramos el tocadiscos.

—¿Quieres música?

—Sí . . . El cuarto-cuarto-cuarto-cuarto Movimiento.

—El himno de la Alegría . . .

—El himno de la Fraternidad Humana.

Callamos de nuevo. Y desapareció el *toc toc toc* de los contadores Geiger. Y del cielo, lejano como un pensamiento de la infancia, llegaron hasta nuestros oídos los compases de la Coral . . .

Ilse lloraba cuando me dijo:

—¡Oye, amor! ¡Escucha! ¡Los coros cantan!

—¡Los oigo, Ilse; los oigo!

—Beethoven mismo dirige el concierto. ¡Es hermoso, Helmut; es hermoso!

—Hermoso . . .

—¡Ya cantarán, ya cantan los versos de Schiller!

Mientras sonaba la Novena Sinfonía le pegué el tiro. En la nuca, como me había pedido. Y en tanto corría su sangre, los coros siguieron cantando:

Alegría, hermosa chispa Divina,
hija del Eliseo,
nosotros hollamos, embriagados de fuego,
tu santuario, Divina.
Tu magia une nuevamente
lo que las corrientes rigurosas separaron;
todos los hombres se tornan hermanos
donde besa tu suave ala.

¡Atronaban los coros en mis oídos! ¡Atronaban hablando de alegría, de fraternidad, de comprensión entre todos los hombres!

¡Atronaban cantando a cadáveres y ruinas!

Entonces me pegué yo el balazo. En la sien derecha. Me pegué el balazo en la sien derecha. Y un coro angélico cantaba, ¡cantaba! ¡Y músicos celestiales tocaban instrumentos divinos! ¡Violoncelos de voz grave como la voz de los Profetas que predicaron en el desierto! ¡Violines de voz dulce como la voz de los ángeles! ¡Cobres con voz de arcángeles de espada flamígera! ¡Y Beethoven nos miraba! ¡Nos miraba, primero amargado; y luego sonreía al darnos la bienvenida!

